

1526

E-99-1
ESCU

GONZALO ESCUDERO



Crespo Toral



PUBLICACIONES DEL
GRUPO AMERICA

Imprenta del Ministerio de Gobierno
Quito, 1940



CRESPO TORAL

GONZALO ESCUDERO

CRESPO TORAL

PUBLICACIONES DEL
GRUPO AMERICA

Quito — Imprenta del Ministerio de Gobierno — 1940

Discurso pronunciado en representación de la Universidad Central del Ecuador, en la sesión solemne que celebró dicho plantel de Educación Superior, en homenaje a la memoria de Remigio Crespo Toral, el 3 de noviembre de 1939.

La Universidad Central de Quito, resucitada y restituida otra vez, por derechos de primogenitura en el tiempo y en el espíritu, a la escena de la cultura ecuatoriana, no podía, sin negarse a sí misma, perseverar en su silencio ante la muerte de Remigio Crespo Toral, patricio augusto de esa propia cultura. Deber suyo irrenunciable era el de añadir su palabra, la auténtica, al concierto de las voces estremecidas que, en unidad de acento, llegó hasta sus cenizas egregias, cuando todavía la tierra devoradora no las había rescatado íntegramente. Mas no por última o tardía, la palabra de la Universidad Central dejará de ser la primera, en cuanto al privilegio de la afección, como también lo hubiera sido en cuanto a su linaje de sabiduría, si justamente no se me hubiese discernido el honor imponderable de traducirla y expresarla.

El Consejo de la Universidad Central ha escogido la fecha de hoy para este homenaje suyo al hombre simbólico de Cuenca, porque en este día aniversario reverdecen los laureles heroicos de su solar nativo, y se afilan sus hierros épicos, descolgándose de la panoplia en donde duermen su sueño centenario. Así las primicias de la libertad azuaya advienen en recuerdo y se asocian por virtud de magna coincidencia al varón epónimo, nacido, crecido y madurado en el clima de esa libertad.

Fluye además otro grave y fundamental sentido de este homenaje. Remigio Crespo Toral, aparte su investidura oficial de Rector casi vitalicio de la Universidad de Cuenca en los últimos lustros, identificose con ella de tal suerte que,

entrañado en sus esencias culturales, era al propio tiempo el conductor natural de sus destinos intransferibles. Por ello, la Universidad Central, al dedicar este acto a su memoria, exalta a la Institución gemela y, en cierta forma, se exalta a sí misma, porque la Universidad Ecuatoriana es una y solidaria, no obstante su cuerpo asentado en cuatro capitales distintas. De este modo, la afinidad espiritual que las une es más fuerte que la geografía y la ley que las desunen, para imagen viva y modelo orgánico del principio unitario de nuestra nacionalidad.

Al encomendárseme este discurso, cedí a pronunciarlo por una inexcusable obligación que me atañe, como miembro docente de la Universidad a que me pertenezco, y también por esas inefables razones de la amistad que el ilustre fallecido hubo de dispensarme y que, pignorando una sentencia pascaliana, son razones del sentimiento que la razón ignora. Mas la lumbre de esa amistad no habrá de prestarme sino el conocimiento del hombre en su diamantina desnudez, sin esa como indumentaria mitológica con que la fantasía humana arropa a los ejemplares representativos de la especie, convirtiéndolos luego en materia inerte y congelada carne de las estatutas, para signo ornamental de las plazas públicas.

Más allá de las oraciones rituales y los elogios académicos, de los que no ha menester Crespo Toral, para vivir y sobrevivir en la historia, ya que ningún elogio dicho y sobredicho sería comparable a escucharlo de nuevo, relejendo sus páginas aceradas, deseo brevemente trazar un esquema del hombre y su obra, en su ambiente y su tiempo, para medir aquello que es inmensurable y que constituye su substancia proteica en el flujo y reflujo de sus formas. Queda al menos la obra — "ars longa vitae brevis" — la obra en sí, que, ajustada a lenguaje escrito, reproduce el drama y conflicto del hombre en el papel indolente. Mas el libro no obedece

las leyes cristalográficas del pensamiento, como acontece en la naturaleza física, donde cada cuerpo está predestinado a cristalizar en una determinada forma geométrica, y así asistimos al frecuente divorcio entre el autor y su obra, porque la personalidad de aquél no logró volcarse en ésta, acaso por falta de instrumental expresivo o acaso también por una suerte de censura freudiana que lastró el mundo de sus instintos primarios.

Más superando estas dificultades, es posible exhumar al hombre para interpretarlo intuitivamente, cuando tratase de un escritor de casta, como Remigio Crespo Toral, cuya obra caudalosa, original y máscula tiene un pulso de vida. Así también aquellos arqueólogos sitibundos que libertaron de la arcilla a la Victoria de Samotracia, aunque decapitada nos la dieron íntegra, porque le restaban todavía sus alas.

Hispánico de estirpe, Crespo Toral debió al ancestro, en primer lugar, sus rasgos somáticos y, luego, su imaginación creadora con atuendos de capricho arábigo, la envergadura cristiana de su espíritu, y lo que fue en él riñón y médula: la soberanía del lenguaje que, no por sometido a grilletes gramaticales y a cánones de disciplina, era menos libre de expresión y libérrimo de imagen. Derivaban también de su herencia étnica, las raíces de su individualismo, el instinto y sentimiento superlativos de la propiedad y su fuerza casi telúrica de arraigar en la tierra vernácula como las plantas.

Remigio Crespo Toral nació en Cuenca en 1860, vale decir en la mitad del siglo diecinueve ecuatoriano y en el balbucir de una República que se buscaba y no se encontraba a sí misma, perdida aún en la tiniebla de una Colonia, modelado social que la emancipación política no había podido derogar. Nos desprendimos de la metrópoli española, por razón de crecimiento y mayor edad, para asumir el comando político que se transfirió de manos metropolitanas a manos criollas, por virtud de esa gesta emancipadora, de

esa Ilíada americana que, en esencia, fue el vasto proceso de una revolución civil, engendrada por hijos de españoles, codiciosos de autonomía, para quienes su abolengo peninsular y su complejo de poderío venían escasos e inconciliables con su condición de gobernados y segundones preteridos, sin arte, parte, ni potestad en el gobierno. La libertad consumada nos trajo la República, y en ella y por ella, inscribimos en nuestras Cartas Políticas la figura de una democracia menesterosa de realidad democrática, ya que simplemente habíamos permutado el poder distante de los monarcas españoles, delegado y pulverizado en sus personeros, por el poder de nuestros señores domésticos, manteniendo el espíritu y cuerpo de nuestra Edad Media, la Colonia, dentro de un sistema de clases impermeables, derecho románico de la propiedad y aquello que todavía se lo olfatea y se lo palpa: una abrumadora mayoría de hombres, "ganado menor" del agro, según la frase incisiva y cáustica de ese admirable ingenio que se llamó Alejandro Cárdenas, mayoría desposeída dramáticamente de su condición humana y de su derecho elemental a la vida y a la cultura.

Esta breve digresión, por lo demás personalísima mía, era indispensable para ubicar a Crespo Toral en su tiempo y en su ambiente, y mal podía encubrir o velar mi pensamiento, presentándole en una sucursal del paraíso perdido. Por lo menos esta brizna de libertad habremos alcanzado en más de una centuria republicana: la de esculpir nuestra opinión contra las supersticiones históricas.

Mas el ambiente y el tiempo en que nació y se formó Crespo Toral en nada le desmedran y, antes bien, su soberbia humanidad cobra estatura de superación, como la de esos árboles solitarios, milagro del oasis verdeante, agigantados en un paisaje calcinado y desierto. Ese oasis era Cuenca que tuvo y mantuvo el mayorazgo de la cultura ecuatoriana durante el siglo diecinueve, merced a una paciente y

benedictina entrega a las cosas del espíritu, a esas cosas in-
materiales, hoy calumniadas y postergadas en una edad feni-
cia que nos alcanza y nos disuelve. Patrimonio de Cuenca y
de sus hombres ha sido la emoción estética que bien podría-
mos calificarla como primaria, ya que siempre estuvo ende-
rezada a la naturaleza sensible, a todo el inmenso teatro de
su tierra unigénita, y también dirigida a la naturaleza supra-
sensible, al ideal de una causa "deus ex machina" del mundo.
La primera visual del hombre nace en su propio paisaje y el
primer escalofrío de belleza que experimenta se nutre en los
elementos plásticos y cromáticos del mismo, y luego su fie-
bre de interpretación cósmica le conduce dócilmente a dei-
ficarlos a la usanza mítica —o ya en un plano de abstracción
trascendental— a ordenarlos, coordinarlos y justificarlos en
una causa suprema.

Estas dos actitudes han sido los módulos de la poesía
cuencana, y a ellas han cooperado la reciedumbre de su tra-
dición católica y el aislamiento físico que, como condición
de su feudalidad, ha sido el foso sin puente levadizo que la
República, con injusticia flagrante, no ha podido suprimirlo
totalmente.

Mas, dicho aislamiento si le ha negado a Cuenca los va-
lores técnicos de una civilización mecanizada, la ha preserva-
do de contactos que podían bastardear o mixtificar su des-
tino. De esta manera, Cuenca ha seguido siendo una isla de
sapiencia poética y una ciudad académica y docta, cuyas
substancias nutricias alimentaron a varones insignes y repre-
sentativos de la nacionalidad ecuatoriana, hasta Remigio
Crespo Toral que, humanística y literariamente, los compen-
dia a todos.

Georges Duhamel, el penetrante y limpio escritor fran-
cés, en su ensayo "El humanista y el autómeta", advierte me-
lancólicamente que la máquina y la técnica, civilizadoras a
su manera, son destructoras de la eternidad. Y en verdad, el

tiempo de las ciudades, piedra y pátina ilustres, transfundido a su gesto, a esa postura proyecta con memoria y a ese yacer con sueño, parece con la máquina y la técnica, y el mismo hombre que también tiene su tiempo y su memoria, su albedrío y su sueño, se automatiza en una vida civilizada por fuera y baldía por dentro. En las urbes tentaculares de hierro, carbón y electricidad, asistimos a la decadencia de lo perenne y el "standard" inexorable unifica a la ciudad y al hombre que se despojan de su universo interior. Cuenca ha podido salvar su eternidad, aun a trueque de las doradas excelencias materiales que le faltan, mas su orgullo permanece intacto, como intocada permanece su levadura bíblica de metrópoli del canto.

Cabe además en exégesis de Cuenca y su cultura, tomar en préstamo una idea clasificadora de los temperamentos individuales que, sin riesgo de falsa generalización, puede aplicársele. Cada urbe posee un signo de espíritu y un sentido psíquico, los cuales, aun más que sus blasones heráldicos, la personalizan y distinguen. La clausura de Cuenca durante el siglo diecinueve, su señero e imperturbable aislamiento y su estado de saturación religiosa acusan innegablemente un espíritu introvertido que, volcándose sobre sí mismo y en renuncia sigilosa de todo lo que no constituye su cosmos propio, modela y remodela sus creaciones hasta alcanzar esa suerte de perfección externa que se denomina estilo original.

En Crespo Toral incide y se supera todo el proceso de la cultura cuencana y ese estilo alcanza la luz de su equinoccio, de tal suerte que las letras azuayas, sin ningún propósito de subestimación de sus cultores, podrían simbólicamente representarse en la obra de Crespo Toral, como cuando un sorbo del mejor vino añejo nos hace apurar la sangre de todas las vides de una comarca.

Un filósofo griego, Protágoras, decía que "el hombre es la medida de todas las cosas: de las que son en cuanto

son y de las que no son en cuanto no son". A esta guisa, Crespo Toral en el orden de su república ideal, fue la estricta medida de sus valores y también de sus no-valores, ya que en el pensamiento azuayo hemos de advertir sobre todo un estado colectivo de sublimación literaria, con fugaces destellos de otras manifestaciones del espíritu. Es cierto que en Cuenca, sus genios tutelares, aparte de escritores, fueron, tribunos, juristas y políticos. Bastaría recordar a los Presidentes cuencanos que han honrado la Primera Magistratura de la Nación, para confirmar la prosapia cívica de esa privilegiada comunidad. Mas el "leit motiv" de la vida azuaya es la literatura, como arte de expresión y secreto de su potencia creadora.

Crespo Toral vivió sus años infantiles en el campo, vale decir en diálogo infinito con la montaña, el río y la nube. De esta comunión del personaje con la naturaleza, es preciso inferir el aliento silvestre de su poesía que tuvo constantemente la verticalidad del risco, el idioma del agua y la traslumante magnitud de cielo.

Después vendrían los años adolescentes y mozos en el colegio eclasiástico y en la universidad citadina, en donde Crespo Toral aprendería a disciplinar su mente indómita y a imprimir forma a la materia prima de sus inquietudes estéticas e intelectuales. Pero sobre todo fue el autodidacta, como lo es todo hombre que aspira a exceder el equipo liviano y exiguo de sus conocimientos escolares. Su obra le acusa como lector intatigable, erudito sistemático y humanista cabal.

Y aquí es preciso mencionar que todos los escritores ortodoxos de las literaturas hispánicas debieron su potestad de escribir, en gran parte, a su capacidad de leer y a su dominio todopoderoso de las humanidades. La lengua, literatura y filosofía helénicas y latinas les fueron familiares y, por coliquio interior con ellas, su elocución y pensamiento se ajustaban a ese compás de remo de las galeras antiguas y a esa

mentra desolada de los mármoles clásicos. Así el humanismo, como raíz de la personalidad del escritor, será siempre actual, como siempre fue actual que las piedras angulares de la catedral fueren recias y capaces de sustentarla. Menos mal que el humanismo en su florecimiento contemporáneo no puede verlo sólo como antaño: tarea grave de exhumación de formas extintas y de cuadros racionales exhaustos. Jacques Maritain, pensador cristiano y vidente, define al flamante humanismo con estas palabras reveladoras: "Estamos en presencia de un nuevo humanismo que no es sólo asunto de erudición, de estética, de cultura intelectual; pero que se refiere al humano por completo, y que demanda en consecuencia una profunda transformación de las estructuras sociales de nuestra civilización. El mundo moderno, por malos caminos, ha buscado cosas que eran buenas; se ha emprendido así, durante tres o cuatro siglos, la búsqueda de los valores humanos que es preciso salvar ahora mediante un retorno a la verdad más profunda, por medio de una refundición del humanismo clásico. El nuevo humanismo debe sobrepasar al individualismo, prestar atención a las masas, a su derecho al trabajo y a la vida del espíritu. Debe comportar la búsqueda de los valores sociales y de la justicia social, lo que falta en los clásicos de los siglos dieciséis, diecisiete y dieciocho". Yo añadiría: lo que falta también en nuestros clásicos ecuatorianos del siglo diecinueve y del que trágicamente vivimos.

Adulto ya en el señorío de su mundo esotérico, Crespo Torresal obtuvo el bautismo de la publicidad, en 1883, como vencedor pindárico en un concurso literario, celebrado con motivo de las solemnidades centenarias del nacimiento de Bolívar. Su canto dedicado al libertador y fundador de nuestras nacionalidades, tuvo los contornos de la oda quintanésca, tropel de endecasílabos, en la cual quedó fijado y presentado su numen, como esas piedras alcedañas que denuncian la presencia de un torrente en marcha. Intencionadamente he mencio-

nado el año original de 1883, porque desde entonces hasta 1939, año de su muerte —que como toda muerte es también una aventura estética— transcurre más de media centuria, cincuenta y seis años suyos de entrega a su profesión inmaterial de artista sustantivo, eje meridiano de su personalidad y de su vida.

Otras preocupaciones e incitaciones, y entre ellas la política, hubieron asimismo de atraerle con esa tensión magnética que ejercen sobre el individuo integralmente sensible y culto. La austeridad de su figura erigióse en convenciones y congresos, y su ardimiento cívico, más allá de las fronteras del intelectual puro, fue rico en intervenciones varias: flechero de arco tenso en la escaramuza periodística, tribuno académico de verbo incandescente y erudito, y parlamentario objetivo, henchido de "bon sens", de esa añorada sindéresis, maestra y regidora de las cosas terrenas, tan ausente en los cuerpos legislativos, aunque sea patrimonio individual de sus componentes, por una ley sociológica de psicología tumultuaria.

Sus oraciones en los congresos políticos eran breves y tajantes y no se compadecían con el modelo ortofónico de los tribunos banales que lo sacrifican todo a su investidura de actores en trance dramático. Aquella sobriedad suya y aquel sentimiento de la medida, que en muchas ocasiones motivaron el juicio negativo sobre la calidad de su obra parlamentaria, venían compensadas con el estallido de su ironía peculiar —más rabelesiana que volteriana— con que sabía rematar sus discursos parlamentarios. ¿Y qué fuerza espiritual es más honda que la ironía para practicar la autopsia de nuestras realidades políticas?

Católico, apostólico y romano, por ingénita y hereditaria virtud y por educación y atmósfera, su partido político fue el Conservador de cepa auténtica. Acaso me cumpliría el silencio sobre esta fisonomía de Crespo Toral, ya que temo diluir el

fermento de mis emociones políticas, al impugnar aquello que no es impugnabile, cuando la altura y majestad de su muerte y la ocasión en que hablo debieran privarme de este derecho. Una vieja máxima de Terencio reza: "soy hombre y ninguna cosa humana me es ajena", y por ello, yo creo que presentaría a nuestro personaje mutilado, si omitiera considerarle como ciudadano que supo traducir sus convicciones públicas en nuestra democracia bárbara y en el ámbito de su partido, cuya historia es por identidad, la historia de nuestros avatares republicanos hasta 1895, año de la segunda independencia.

Al iniciar este discurso, expresé la necesidad de ubicar a Crespo Toral en su tiempo y en su ambiente, y en plena continuidad de lo enunciado, acusé los síntomas de ese tiempo y ese ambiente: siglo diecinueve ecuatoriano y principalmente cuencano. El corolario es nítido: Crespo Toral tenía que gravitar mental y políticamente en los dominios tradicionales, respirando el aire teocrático y feudal que era hálito de vida entonces. Mas sobresale, como excelencia suya —que lo es también de todo político honesto— la ingenuidad abrasadora con que abrigó y mantuvo su doctrina, sin rendirse a los embates y vicisitudes que la excluyeron del Poder con el advenimiento del Liberalismo. Este ejemplo de soberana fidelidad al acervo de las propias ideas políticas comportaba la expresión justa de su lealtad consigo mismo, más lejos del mercado inverecundo, en donde las convicciones públicas se permutan como las lámparas viejas por las lámparas nuevas en la historia de Aladino. Después de 1895, se exila en sí mismo y en el cuadro vegetal de su heredad, para darsé por entero a su literatura, sin renunciar tampoco a los requerimientos de su Partido que satisfizo siempre, o vestir eventualmente la casaca diplomática que supo llevarla —no como un ujier sibarita— sino como el severo y dignísimo Representante de un Estado.

He rehusado biografiar a Crespo Toral, porque esa tarea es superior a los límites obligados de mi tema y discurso, y

más bien he arrancado del friso de su vida, los escorzos elementales y fugitivos que, mirados totalmente, prestan sentido a su conocimiento y, sobre todo, a su obra. Correspóndeme hoy enjuiciarla y esta responsabilidad es demasiado ingente, para asumirla como debiera, ya que el Maestro fue un polígrafo inmenso de cantidad y calidad que escribió sobre todos los motivos y agotó todas las perspectivas.

Infortunadamente su obra no se recoge en volúmenes precisos, ya que, aparte de unos pocos, permanece desperdigada en publicaciones y revistas, de aquellas que, por su reducido tiraje de edición, dejan a su contenido casi inédito, restando apenas como lectura de bibliófilos solitarios e impenitentes. Además, Crespo Toral rehuía editar sus obras —no por modestia que no cabía en él— sino por una suerte de señorial desdén a la gloria personal, tan buscada y cotizada en las almonedas de escritores, donde se cambian apologías en reciprocidad impúdica.

Crespo Toral es para el vulgo ilustrado y aun para los espíritus dilectos, principalmente el poeta, y este rubro lo ha acompañado siempre. Comenzaremos, en consecuencia, por su poesía y nos adentraremos en ella, para asirla en sus elementos capitales, en la herencia que ha recogido y en la herencia que ha dejado, como presencia de un espíritu en movimiento. Ya enunciamos que la poesía azuaya del siglo diecinueve giraba en dos órbitas: la bucólica y la religiosa. Dentro de ambas, Crespo Toral recogerá el legado, ennobleciéndolo y afirmándolo. El instinto agrario es uno de los más irrefrenables y, cuando se lo transporta al plano de la expresión artística, asistimos a la conjunción del hombre y la tierra. En Crespo Toral, la sombra latina de Virgilio estará presente, aunque en nuestro poeta el sentimiento de la naturaleza se proyectará en grito cósmico y en continua interrogación trascendente. Su instinto religioso asimismo superará la cuita y la piedad plañidera de sus precursores azuayos, para cobrar

el imperio de una emoción suprema, de la que parte y a la que llega, en desbordamiento de su yo cristiano que todo lo cubre.

Otra modulación de la poesía de Crespo Toral es el acorde ético, la Patria como historia envolvente, sentido y fin de lo que somos y de lo que debemos ser. Finalmente ensayó un género de poesía biográfica, intensa y extensa, a la manera de un escultor de bustos vivos. Héroes y proto-héroes, personajes de fábula y pastores de hombres, pensadores y transformadores, por el atrio de su verso repujante y repujado, en línea de epopeya y falanje ciclópea, circulan y claman.

Cuando se habla de poesía, se habla de su escuela o sea de su modelo estético en el tiempo y en el espacio. ¿Qué modelo infundió sus privilegios a la poesía de Crespo Toral? Cifra mayor de su época y de su raza, nuestro poeta derivará del romanticismo hispánico, todo lo que en éste, como en todo romanticismo, es transporte y fuga de la sensibilidad, con esa nota patológica y sombría del hombre inconforme que sueña y espolea a su sueño a fuerza de hipérbole y apóstrofe. Los dioses lares del romanticismo español: Quintana, Espronceda y Núñez de Arce auspiciarán su obra poética, como también de otros siglos españoles, le llegarán las gavillas silvestres de Fray Luis de León y Garcilaso de la Vega y las cuadrigas heroicas de Fernando de Herrera.

Mas Crespo Toral, como humanista vigilante, será primordialmente un clásico, si el clasicismo significa aprehensión y soberanía de la forma, a imagen y semejanza de esa alma apolínea, intuitivamente fijada por Oswaldo Spengler, como animadora y protagonista de la cultura antigua que escogió como tipo ideal de la extensión, el cuerpo singular, sensible y presente. El lastre de clasicismo en nuestro poeta es dominante, y por él, en su segunda y postrera etapa, será un parnasiano plástico que contiene y detiene la ebullición de su sangre en cántaros cerrados y cincelados.

¿Qué herencia ha dejado su poesía? El clasicismo y romanticismo clausuraron su ciclo en la centuria pasada, como formas históricas de la intuición literaria, y su caducidad obedece a un triple y sucesivo estado de alma, engendrado por la ciencia. La biología revela al hombre como organismo vivo, y de ella nacerá el naturalismo. La psicología lo bucea en la unidad sintética de su conciencia, y de ella arrancará el psicologismo y su creación más alta: el simbolismo. La misma psicología escruta el mundo inconsciente y subconsciente del alma y, como su expresión, brotará el suprarrealismo. La sociología estudia al hombre como guarismo del grupo humano, y un común denominador de justicia económica y reivindicadora provocará el nacimiento de una literatura social de entraña proletaria. Con todo, las formas históricas del clasicismo y romanticismo, no por agotadas, sacrificaron a los escritores clásicos y románticos, y uno de ellos fue Crespo Toral, en quien esas formas, ecuatorianamente, se perfeccionaron y clausuraron.

Y en esta parte de mi discurso, deseo traducir un peculiar punto de vista que me sugiere la poesía de Crespo Toral. Una suerte de identidad existía entre el poeta y prosador que coexistían en él, hasta el extremo de que su poesía era la versión misma de su prosa, ajustada naturalmente a las leyes rítmicas del lenguaje y castigada por el silicio de la métrica. Así su poesía vino cargada y sobrecargada de elementos lógicos y conceptuales y su numen sojuzgose a su pensamiento. Presumo que la intuición poética y, en general, toda intuición creadora son representaciones insospechadas del inconsciente y subconsciente, y aunque en la forma externa de esa intuición, el pensamiento lógico intervenga, su aliento mismo es alógico y vital. Toda la rica sapiencia de que está repleta la poesía de Crespo Toral y el arabesco erudito que la rodea son tales que en ella asistimos a la formación de un raciocinio lúcido y ordena-

do, como el que preside su prosa. Esta afirmación contraviene al criterio corriente y moliente de un Crespo Toral principalmente poeta, y a la opinión de aquel otro insigne humanista azuayo, Honorato Vázquez, quien, a la inversa, afirmaba que su prosa era poesía pura.

Esta incidencia de mi discurso es el nudo central para sobrestimar la literatura en prosa del Maestro. Apagado por la muerte ese cráter en ignición que fué Juan Montalvo, y cuya presencia en las letras universales induce a confirmar el axioma del Génesis: "en el principio era el verbo", una selecta casta de prosadores ecuatorianos se esforzó por mantener la altura de la fabla montalvina. Entre todos ellos, cuyos nombres omito, sólo uno es estrictamente y a su manera, sin ser montalvino o cervantesco, el sucesor. Este escritor de elección es Remigio Crespo Toral. Bastaría este juicio para terminar mi discurso, pero es preciso explorar su prosa, aunque para ello, tengamos que calzarnos la bota de siete leguas.

Cuando el lector ambula con ansia irreprimida a través del follaje de su prosa, siente y presiente que la lengua castellana, aquella que forjose en los yunques de Alfonso el Sabio, adquirió gravedad de agua tranquila en Fray Luis de Granada, se desbordó en el éxtasis y delirio de Teresa de Avila y alcanzó plenitud de altamar en Cervantes, esa lengua castellana pervive en Crespo Toral.

La impresión sensible que primero aparece al leer la prosa de Crespo Toral es la exhuberancia de su léxico. Bien sabemos que en América, el escritor, quizás más sutil y afinado que en España, ha medrado su vocabulario propiamente hispánico, para enriquecerlo con giros y vocablos autóctonos. Crespo Toral, sin menospreciar los americanismos bien habidos, resucita palabras y giros peninsulares en una forma pertinente y a la vez nueva. No trató jamás de imprimir a su prosa ese sabor arcaico que la vuelve rancia, como que los estados de alma contemporáneos necesitan una locución que no

las venga como vestido estrecho a un cuerpo desmesurado.

El arte sumo de escribir un idioma lo poseía él, con la potencia psicológica de encontrar en la justedad del término la figura limpia del concepto. De aquí esa claridad suya, en la cual ninguna niebla se cernía, ni ningún sol se apagaba.

Su sentido de composición, de esa sintaxis superior que preside a la obra literaria, hizo la suya, orquesta y sinfónica. Mas, sobre todas sus virtudes de escritor, ninguna tan sobresaliente como su capacidad de expresión simbólica. Crespo Toral sabía que las cosas engendran conceptos y los conceptos engendran palabras, pero la realidad de las cosas en el orden estético es un continente infinito que sólo el signo y símbolo pueden resumir. Por esto recurría a la imagen, y ese prurito suyo de multiplicarla, deslumbraba y cegaba como las luces pirotécnicas. Sin embargo nunca fue frondoso, si este adjetivo ha de asignarse a la manía tropical y gárrula de centuplicar la expresión. Todo lo contrario, Crespo Toral fue el maestro de la síntesis, y verdaderamente conmueve advertir cómo su prosa extensísima que llena numerosos volúmenes, es prosa de contextura apretada, afilada en sentencias y proverbios que la asemejan al acero toledano, por duro, pulido y resplandeciente; forjado para hazañas de guerra que, en Crespo Toral, fueron hazañas de espíritu.

Esta maestría de la síntesis y la precisión idiomáticas nos sugiere una afinidad de Crespo Toral con Goethe, en quien el equilibrio mental lo hizo todo, no tan sólo en los medios de expresión, sino en el íntimo proceso de su pensamiento. Síntesis en lógica pura es la capacidad de conciliar los conceptos contrarios en un concepto único. También Crespo Toral, al vestir con sentencias y proverbios su lenguaje, operaba en su pensamiento extraordinarias síntesis mentales, coeficientes de su visión universal y universalista, de su ilustración literaria completa para su época, de un equilibrio ponderado de varias personalidades en una sola personalidad, porque además

de escritor fue jurisconsulto, historiógrafo e internacionalista.

La prosa de Crespo Toral, monolítica y recia, en su bárbara grandeza de bloque, recuerda la arquitectura de un Escorial soberbio en la meseta castellana, en cuanto al ajuste de sus proporciones y a su distribución de volúmenes. Nada le falta, ni nada le excede, y en sus partes continuas no cabe un intersticio. Tiene algo además de cordillera nuestra por su tumultuosa variedad de elevación y abismo. ¿Y qué mejor loanza para ella que compararla al gesto de nuestra naturaleza bravía, en ese tercer día de la creación que es el paisaje americano? Con ella y por ella, Crespo Toral recorrió el espectro de todos los colores y motivos que pasaremos a enunciarlos.

La crítica literaria y, en sus fundamentos, estética, tuvo en el Maestro la autoridad severa de un censor que administraba su juicio, sin llevar a sus manos la vara mosaica o la fusta castigadora, porque significaba la regencia de un alma que miraba y juzgaba los valores de una cultura.

La tribuna fue su teatro. Sus ensayos, en forma de oraciones que las pronunciaba patéticamente, versaron sobre varios y ricos temas. Bolívar reaparece en ellos, transfigurado en su grandeza homérica de semidiós vencedor y vencido; el Mariscal Sucre restaura su humanidad magnánima de guerrero impoluto; José Joaquín de Olmedo restituye el Niágara de su canto, y García Moreno —ni deificado a la manera sectaria del Padre Berthe, ni humanizado a la usanza clínica de Roberto Agramonte— cobra su estatura de estadista fundamental y pulquérrimo, cuya bravura se excusa en su limpieza diamantina y cuyo destino trágico se afila en su abolengo de domador de pueblos. Dante Alighieri, en los labios de Crespo Toral, resurge de ese foso de las edades —que es la Edad Media— para una alianza ecuménica entre el logos aristotélico de Santo Tomás de Aquino y el drama cristiano de salvación y perdición de las almas, y Virgilio esmalta su figura de pastor agreste y progenitor de la epopeya latina.

Crespo Toral supo también insinuar el camino de la literatura vernácula, a despecho de las importaciones que la destacan. Su teoría era simple: la inspiración en la naturaleza y el retorno a lo que somos, mas nunca su nativismo pretendía abjurar de nuestro hispanismo cultural, ni menos del soplo de las lenguas y letras clásicas.

Sorprende, en verdad, la riqueza de su conocimiento histórico, universal, americano y ecuatoriano. Fiel en el dato, agudo en la exégesis del hecho, vertía constantemente en sarcasmo su dictamen y ocurría a una ley de contraste para pintar sus claroscuros.

Resta una última faz entre todas sus facetas: la del internacionalista intuitivo, ajeno a los sistemas científicos, mas no por ello menos docto y penetrante. Las morfologías históricas de panamericanismo e iberoamericanismo adquieren en su pensamiento una categoría de altorrelieve. Para Crespo Toral, toda doctrina internacional encuentra su crisis de perfección en Bolívar, el del ensueño de Jamaica, de la antevíspera inmortal de la batalla de Ayacucho y de la Asamblea de Panamá. La asociación de los Estados americanos, suerte de Antifictionía moderna, es la forma de regular su vida, ajustándola al ritmo del derecho. Esa premonición bolivariana sigue siendo la inquietud magna de todos los pueblos de la tierra, no obstante la Liga ginebrina y las tentativas de fortalecerla. Por lo mismo, reivindicarla para nuestra estirpe constituye su empresa en un mundo internacional de presagios y asechanzas, de transgresiones y conquistas.

Su juicio sobre el panamericanismo era certero y hondo. A la bondad de la estructura marchaba aliada la sombra patetnal de un Estado ultrapotente, el de la mutilación de México, la Enmienda Platt de Cuba y la secesión de Panamá; el de los primitivos desgarramientos territoriales y el de la conquista silenciosa de mercados; el del préstamo usurario y el de las concesiones casi gratuitas de nuestra riqueza total, a

true que de nuestra dorada miseria.

Naturalmente que tales juicios han encontrado un eclipse ante la presencia de ese genio alado y amable que se llama Roosevelt y su política de buena vecindad. Cuando Crespo Toral impugnaba el panamericanismo, para exaltar la unión de nuestros Estados desunidos, dentro de la fórmula iberoamericana, decurría el año de 1929, y las heridas infligidas por los defensores profesionales del derecho de intervención, en la Conferencia de la Habana, todavía no restañaban, y todo ese vasto e incalculable proceso de afirmación de nuestros Estados desunidos en paridad de derechos con los Estados Unidos —Conferencias de Montevideo, Buenos Aires, Lima y Panamá— no se lo presentía siquiera, ni menos se barruntaba que los fascismos cavernícolas irrumpiesen en nuestra confiada y complaciente América y provocasen el nacimiento de un patriotismo continental para impedir su marcha cesárea en la carne palpitante de nuestras instituciones democráticas.

Nos queda finalmente conocer al Maestro como defensor de nuestros derechos territoriales. En pocos temas o quizás en ninguno, aparece tan íntegro de emoción sensible, de erudición prolija y de vigor conceptual como en éste. Al margen del clima oficial de nuestra Cancillería, a la que tampoco rehusó prestarle sus consejos sapientes, cuando ésta los solicitaba, Crespo Toral levanta su tienda de campaña con la bandera flameante y el corazón ardido. Su indignación ecuatoriana ante la imagen de un Ecuador sin geografía física delimitada, es el clamor filial que desea rescatar para su nacionalidad matriz, comunidad de historia, raza, lengua y espíritu, el patrimonio de tierra que la codicia del vecino insaciable lo usurpa y lo depreda, valido y prevalido de su instinto de fuerza contra la fuerza inmaterial de nuestro derecho. En casa adentro, a nadie imputa errores o flaquezas, y si los ha habido y reiterados por culpa de una Cancillería inconsistente, sin tradición ni unidad de pensamiento diplomático, a quienes

la han dirigido los indulta cristianamente, en nombre de ese mismo Ecuador desgarrado que demanda justicia plena y habrá de obtenerla, porque, como lo dijo un Presidente patricio, "toda justicia tiene su victoria". Para exculpar a nuestros directores de la política internacional, piadosamente les atribuye no un pecado mortal, sino una virtud evangélica: su ingenuidad de caballeros manchegos que hidalgamente lo confiaron todo en el honor de la palabra tomada y de la fe comprometida, en el espejismo de la amistad entre naciones, cuando precisamente, y citando un pensamiento suyo: "Don Quijote, tan muerto en las relaciones privadas, no parece asomar en el campo internacional, desierto de conveniencias y deslealtades, casa de rastro de negocios traidores y bolsa de contrataciones sin misericordia".

Para terminar, debo decir que la obra de Crespo Toral reclama un estudio crítico más vasto y penetrante. Apenas he podido detenerme en sus esencias, buscando en ellas la intuición creadora del hombre que vivió su vida como un artifice, ya que la vida es también una de las bellas artes; que escribió con su propia sangre —como lo quería el filósofo iluminado— que dijo su palabra en postura bíblica de profeta, y se entregó a la muerte, como esos ríos de la montaña que se arremansan para copiar —en su espejo de eternidad— la dimensión del cielo.

El mismo lo dijo, al recordar la agonía del centauro pros crito de Santa Marta, que la vida era el aprendizaje de la muerte, y en verdad, no se le entiende a aquélla, sino cuando ésta ha sucedido, ya que la una y la otra son indisolubles en el fluir de un tiempo sin edad.

Con motivo de su muerte, afluyen en caudal millonario, las ideas suyas y su literatura se ensancha para perpetuarse y conocerse, ya que en vida, el rencor que nadie le guardara —porque era limpio y manso de corazón— pudo suplirse con la indiferencia que es la peor de las inquinas o la ignorancia que

es la peor de las cegueras. De esta manera, su muerte, además de libertadora, lo reivindica para todos, y quedan sus libros en nuestras manos, como vestigios de su sueño.

Por todo lo dicho, la Universidad Central de Quito le rinde este homenaje póstumo y, al inclinarse ante sus despojos augustos, le incorpora espiritualmente a su necrópolis de inmortales.

